

SÍNDROME DE PUERTO ARGENTINO



MIGUEL ÁNGEL GRONDONA

*Triste cosa es no tener amigos,
pero más triste es no tener enemigos.
Porque quien enemigos no tiene,
señal es que no tiene:*

*Ni talento que le haga sombra;
Ni carácter que abulte;
Ni valor que le teman;
Ni honor que le murmuren;
Ni bienes que le codicien;
Ni cosa alguna que le envidien.*

Baltasar Gracián (1601-1658. Escritor español. Su obra ilustra una visión desencantada y crítica de la sociedad humana).

Las obras de arte, las artesanías y todos los productos “hechos a mano” gozan de un factor común, no tienen otro ejemplar igual en este mundo.

El ser humano es una obra de arte, artesanía y elemento hecho a mano, todo en uno.

No sabemos quién fue El Hacedor, pero no tenemos dudas sobre la originalidad de cada uno, al margen de las características intrínsecas de la raza humana, por lo que lo denominamos de diferente manera según la creencia que profesemos.

Entre las múltiples características intrínsecas son muy visibles el instinto de supervivencia, el de dominación de sus congéneres, la alternancia entre el amor y el odio y muchas más.

El espíritu de lucha va de la mano con el de supervivencia y su intensidad depende mucho de la agresividad del medio en que al ser humano le toca vivir.

Nuestro pueblo es un buen ejemplo de la incidencia que en ese espíritu tienen las condiciones geográficas, climatológicas y de riqueza del suelo.

Hasta donde llegan nuestros conocimientos históricos o prehistóricos, nuestra tierra

El contraalmirante Miguel Ángel Grondona egresó de la Escuela Naval Militar como guardiamarina en 1953. En 1954 cursó la Escuela de Aviación Naval. Operó en acciones humanitarias de rescate en Chile y en la provincia de San Juan. Concretó en 1962 el primer vuelo al Polo Sur. Cursó la Escuela de Guerra Naval en el Curso de Comando y Estado Mayor. Fue Director de la Escuela de Aviación Naval, Jefe de la Base Aeronaval Ezeiza y de otras comandancias y jefaturas de la Aviación Naval y subjefe del Estado Mayor Conjunto. Se desempeñó como asesor del Comandante en Jefe de la Armada y fue Agregado Naval ayudante en los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá. Profesor en la Escuela de Guerra Naval en las materias Logística, Planeamiento, Programación y Presupuestación.



Número 806

Enero/diciembre de 2003

Recibido: 28.8.2002

siempre estuvo excéntrica del resto de los seres humanos, reunidos en diferentes agrupamientos, según la época de su evolución.

Los primeros habitantes de estas tierras fueron tribus de características relativamente poco agresivas, dado que les sobraba espacio y fuentes de alimento como para no necesitar defender sus respectivos espacios.

En rigor, este concepto era válido para la mayoría de las poblaciones indígenas de América, pero algunas culturas precolombinas necesitaron dominar a otros para vivir en plenitud, como sucedió, por ejemplo, con los Incas, Mayas, Aztecas y otros.

Los seres humanos ocupan al menos por ahora el vértice de la escala zoológica, si se me permite llamarlos animales racionales, aunque si ello ofendiera, podríamos modernizar la palabra zoología en su nueva acepción, como ciencia de la evolución y en ese caso diríamos que es el ápice de la cadena de evolución de los seres vivos.

La naturaleza muestra al hombre que en las distintas especies animales no existe la igualdad; no son iguales las hormigas y mucho menos los elefantes, donde el reproductor resulta ser el macho más fuerte, sano y poderoso, asegurando de esa manera la continuidad de la especie, en forma por lo menos similar y eventualmente en versiones mejoradas.

Pero el hombre insiste en igualar a todos los seres humanos, que visiblemente también son diferentes unos de otros y que evolucionan cambiando las características de su especie.

Así encontramos reiteraciones de intentos de igualdad, incluso hasta el extremo de intentar hacer un país de iguales. Por supuesto que existen igualdades deseables, como la de oportunidades, de justicia, de derecho a la vida, pero todas de carácter genérico.

Nuestro país muestra el efecto de todo lo mencionado.

Nuestra historia transcurrió en una extensa superficie de terreno, generosa con los europeos como lo fue con los indígenas precolombinos.

Las enormes distancias protegieron a los patriotas de la reacción violenta por parte de los realistas, transformándola en represión esporádica y de fuerza limitada.

En cambio en Chile, los españoles primero, luego las fuerzas patriotas de San Martín y finalmente O'Higgins, tampoco pudieron dominar a los Araucanos hasta fines del siglo XIX, porque ellos eran aguerridos y sufridos como pocos y el espacio era limitado.

De este lado llegamos a concretar una unión nacional sin demasiados esfuerzos para la población en general, sólo morían los combatientes.

Un período de mucho más de un siglo elimina cualquier recuerdo y la consecuente transmisión de historias de sufrimiento en una población descendiente de inmigrantes, quienes a su vez habían abandonado sus tierras natales, precisamente buscando una paz, que allí difícilmente se mantenía.

De la misma forma que nuestro pueblo no identifica al mar como fuente de importantes ingresos, porque la expresión de que "el pasto crece solo" es realmente válida y justificaba no necesitar mojarse las posaderas para vivir muy bien, el concepto de guerra era una idea lejana, algo no demasiado diferente de ganar un mundial de fútbol.

Alguien tiene que escribir que mientras en la Patagonia los soldados argentinos sufrían condiciones muy duras en las trincheras, para terminar muriendo en combate, perdiendo parte de sus piernas por el pie de trinchera o sufriendo la humillación inherente a la ren-

dición, en Buenos Aires se estaba palpitando el Mundial de Fútbol, las calles estaban iluminadas a pleno y se preparaba una recepción multitudinaria para recibir la visita del Papa... en Buenos Aires, no en la Patagonia.

Los que estábamos por aquellos lados, también católicos, debimos realizar un gran esfuerzo de comprensión para entender las razones de política internacional que justificaban este procedimiento. Yo siento no haber podido recibir su bendición en Comodoro Rivadavia.

Cuando alguna razón de coordinación justificaba mi pasaje por Buenos Aires, sentía una tremenda desazón por el desconocimiento y, por qué no, la insensibilidad de quienes solamente querían creer que se ganaba la guerra, sin tener en cuenta el costo. Sólo sentimos ese costo quienes estuvimos de alguna manera aprisionados por ella y los familiares de quienes no volvieron a sus hogares, o lo hicieron mutilados.

Ese sabor amargo no difería del disgusto o la pesadumbre que en la guerra anterior contra los elementos subversivos, que mataban indiscriminadamente para lograr un cambio, producía una población que en buena parte prefería verla pasar sin comprometerse.

Hablar sobre la guerra de Malvinas aparenta ser un pasaje por las Horcas Caudinas, puesto que fuimos rotundamente vencidos por los británicos, con el apoyo sutil, o no tanto, de otras naciones de Europa y aun América.

¿Alguien duda que al gobierno chileno de ese entonces le resultaba al menos conveniente facilitar su territorio para la preparación de golpes de mano, tendientes a atacar nuestros aviones en el continente, cuando los británicos tenían limitada su acción de bombardeo aéreo a solamente las islas, probablemente por alguna decisión de su principal aliado, que le proveía apoyo logístico y armamento, pero no quería una ampliación del conflicto e imponía sus reglas?

¿Alguien duda que la marina francesa operó con sus Super Etendard simulando ataques a la flota británica, antes que ésta se destacara hacia Malvinas, para mejorar su adiestramiento, o le haya informado que nuestros Exocet aire-mar carecían del programa necesario para ser usados, porque ellos, los vendedores, no nos los habían facilitado?

La inteligencia británica y la francesa juntas fallaron, al no imaginar que nuestros oficiales ingenieros electrónicos pudieran crearlos y por ello tamaña sorpresa habrán tenido los británicos cuando hundimos la *Sheffield* y difícil situación habrán tenido que enfrentar los franceses para que les siguieran creyendo, que ellos no habían sido los que programaron los misiles.

El ser humano, por sus características de diseño, trata siempre de justificar sus acciones equivocadas o fallidas y para ello trata de encontrar que otros fueron los culpables.

Esta actitud mental es llamada "proyectar" por los especialistas.

Por ello se pone aún más difícil escribir sobre Malvinas sin que el lector suponga que se está proyectando o intentando disimular la derrota.

Esto me obliga a aseverar que perdimos una batalla importante y que la masa del país solucionó su problema proyectando el caso, en lugar de pensar analizar los hechos y sacar valiosas conclusiones. Si así no hubiera sido, ¿cómo podría explicarse la actitud negativa, con relación a nuestras Fuerzas Armadas, de muchos de los que tienen la responsabilidad cívica y constitucional de protegerlas?

Se podrán esgrimir argumentos del tipo del riesgo país y otros tabúes económicos, pero no se puede ignorar que una fuerza armada está compuesta de material de combate y personal.

No me interesa demasiado el material de combate, su reposición es factible con sólo dinero.

Pero reponer los hombres requiere generaciones.

Nuestro país pasa por un momento muy difícil, que no es sólo económico. En Malvinas combatieron las reservas de integridad, amor a la patria, honor personal y valores éticos, que la Patria poseía. Quienes sobrevivieron sufrieron al regresar la frialdad de quienes rechazaban que hubiéramos perdido, sin que nadie se preocupara de analizar las condiciones del enfrentamiento. Algunos pocos emplearon sus limitados conocimientos estratégicos para denostar la decisión, que obviamente cómo se llevó a cabo era criticable, pero nadie se preocupó por analizar las condiciones de desventaja con las que fueron a luchar nuestros hombres. Esto afectó el valioso arsenal de valor, amor a la patria, lealtad y honor personal.

La crítica situación económica de estos momentos permite aseverar que, por un tiempo, equipar a las fuerzas será difícil.

La misma crítica situación económica pone de manifiesto que para salir de ella hace falta dar prioridad a los principios éticos, fundamentales para combatir la corrupción que destruye a nuestra Nación por dentro.

Decíamos que la batalla perdida en Malvinas debe ser usada sólo para aprender, no para cosas viles.

La primera conclusión a nivel internacional es que la alineación con un Estado más poderoso no es tan fácil de lograr. La subordinación incondicional y automática tiene sus limitaciones en el espíritu de la población, aunque temo que sea dentro del mismo concepto de un mundial deportivo.

La “globalización”, en mi opinión inevitable, no parece que sea muy viable en nuestro país, al menos en nuestra situación actual y como solución tipo al problema tipo.

Éste no será un impedimento mayor para que ese proceso continúe. Así que, a menos que quienes lo dirigen imaginen un camino que nos resulte factible y aceptable seguir —o lo encontremos nosotros mismos— se podría llegar a nuestra destrucción como nación.

Estimo que quienes dirigen la globalización, que son básicamente pragmáticos, optarán por darnos un lugar particular desde donde puedan controlarnos.

Volviendo a Malvinas, el gobierno británico sabe que del cómodo statu quo anterior ha pasado a otro más costoso, más inestable y que de alguna manera lo ha dejado obligado hacia quienes los ayudaron. Explico la inestabilidad mencionada, en el concepto difícil de entender para algunos, como es nuestra firme creencia, de que “Las Malvinas son argentinas”.

Estoy convencido que ellos nos empujaron a esta patriada, en su necesidad de mantener armado el tamaño de su flota, que muchos en su país querían reducir; y vaya que lo lograron.

También saben que su marina sufrió un duro revés en lo que hace a pérdidas y ello a pesar de lo reducido de nuestra Aviación Naval y a que muchas de las bombas de nuestra Fuerza Aérea, no aptas en ese entonces para el uso naval, no explotaron, aunque costaron las vidas de muchos de sus valientes pilotos.

La Armada Argentina sufrió un fuerte remezón y como consecuencia de ello decidió crear un grupo para que estudiara todo lo ocurrido, recibiendo las declaraciones de quienes ha-

bían actuado, con una reserva semejante a la de una confesión ante el sacerdote, para que sirviera en la obtención de conclusiones y con ella produjera acciones recomendadas tendientes a enriquecer la doctrina, los procedimientos, las técnicas, tácticas, los programas y métodos de enseñanza o cualquier otro tema que tuviera relación con el material o el personal (1).

Del problema y las fallas propias de la Armada, muchas fueron relativamente fáciles de detectar y hacen a la vida interna de la institución.

No ocurre lo mismo con el balance exterior por lo actuado. Llegamos a pensar que Estados Unidos habían perdido mucho con ella y que la URSS ganaba mucho en inteligencia operativa, pero no fue así.

Gran Bretaña, parte integrante de la OTAN, tenía medios que resultaron más débiles de lo esperado; la toma de conciencia sobre sus propias debilidades es un buen rédito por las pérdidas sufridas.

La Unión Soviética descubrió o confirmó que los medios navales de la OTAN eran más débiles de lo pensado, pero ello ocurrió fuera de tiempo, para sus propias limitaciones.

A lo anterior se sumó la actitud política argentina que se mantuvo dentro de Occidente, probablemente por la decisión de los Estados Unidos de no extender el conflicto, si no era necesario.

Una vez más se verificó que, en la relaciones entre estados, se privilegian los intereses permanentes antes que la amistad. Los que así actuaron sufrieron el consiguiente desprestigio en Latinoamérica, muchas de cuyas naciones dieron una hermosa lección a la Argentina, concretando su apoyo de una manera que estamos obligados a reconocer y honrar.

Quien mucho podría haber ganado fue la Argentina; el problema estaba en la capacidad para hacerlo.

Si hubiéramos logrado producir una cuota adecuada de humildad, deberíamos haber comprendido para siempre que, aunque deseamos ser europeos, por ser sus descendientes, ellos nunca nos considerarán como tales. Es decir, aceptar que la imagen por nosotros inventada estaba equivocada y, por sobre todo, debemos reconocer la mano de hermano que nos tendió gran parte de Latinoamérica.

Desde el punto de vista militar, la Comisión, que tuve el honor de integrar, estudió cada detalle y produjo las acciones recomendadas correspondientes. Por supuesto que muchas de ellas no se pudieron aplicar por limitaciones económicas, que ya nos aquejaban entonces y se mantienen en carpeta, a la espera.

Aquellas que hacen a la formación del personal, inevitablemente requieren del tiempo adecuado, para la preparación de nuevas promociones. Espero que esta necesidad de tiempo sea contenida dentro de los planeamientos del poder político.

En lo que hace al país, la guerra llegó en forma muy fraccionada.

Algunos perdieron sus hijos, esposos, hermanos, parientes o amigos. Otros sufrieron esa posibilidad durante el conflicto. Pero la mayoría solamente soportó el impacto de una derrota sin otra consecuencia que la toma de conciencia correspondiente, para lo cual se vio obligada a alejarse de sus respectivas fantasías.

Para habitantes de otros países con historias de mayor sufrimiento, puede resultar difícil imaginar cuán duro es salir de la fantasía para toparse con la realidad.

(1)
Comisión de Análisis de Acciones de Combate. Trabajó en la Escuela de Guerra Naval, durante un año y medio, subordinada al director de la misma, con el objetivo de analizar todos los errores cometidos en Malvinas y producir conclusiones y Acciones Recomendadas, recibiendo la información de todos los actores.

El nuevo siglo nos está obligando a madurar en ese sentido, aunque no nos guste.

Quizá los nuevos topetazos con la realidad nos hagan ver que el suelo que pisamos es de tierra feraz y que el hambre se puede combatir agachando el lomo y cultivándola, como hacían nuestros ancestros, en lugar de dejar morir a los niños de hambre; pero como ya dije, los efectos de la guerra no alcanzaron a todos.

Intentar identificar la falla más significativa nos lleva invariablemente al lapso de “no guerra”, que se transforma en el factor preponderante para justificar muchas de las actitudes ocurridas.

La “no guerra” lleva invariablemente al aburguesamiento del personal militar y a una peligrosa sensación de seguridad a la población en general, así como al olvido de las verdaderas reglas en el juego de la vida real.

Es bien sabido que quien resulta el mejor en la paz, no necesariamente lo es en la guerra. Esto también es válido para las situaciones de crisis de cualquier tipo.

Un ejemplo militar típico es la relación entre el personal y el material. En tiempo de paz la destrucción o pérdida de material por uso en situaciones extremas puede devenir en la pérdida de la carrera para quien lo hizo, cuando en realidad está mostrando su capacidad para tomar riesgos. Aparecen limitaciones reglamentarias tendientes a impedir el empleo del material o del personal, al máximo de rendimiento.

Ese concepto de “ahorro” es muy difícil de desterrar de un momento para otro y no deja de ser una seria limitación cuando se trata de producir un abrumador fuego de apoyo muy cercano a la propia tropa, llevar al submarino a profundidades extremas, volar los aviones hasta el límite de su autonomía o vulnerar todas las medidas de seguridad en la navegación en las unidades de superficie, para abastecer nuestros hombres en el terreno. Quienes sufrieron todas esas necesidades saben de qué se está hablando.

Esto es, en última instancia, adecuada preparación psicofísica para el combate o las adversidades. Quien haya leído hasta aquí y no esté lo suficientemente confundido lo va a lograr en lo que viene.

No voy a hablar de pozos de zorro, factores fijos, pistas de aviones, ni logística de guerra, y se puede pensar que el título está equivocado o que fue un gancho para atraer al lector, pero no quiso ser ello. Todo lo dicho tiene algo que ver.

La defensa de Puerto Argentino fue el mejor ejemplo de nuestro estado de ánimo desde entonces hasta ahora, en un nuevo siglo, y nos sigue afectando directamente a los que lo vivimos e indirectamente al resto de nuestros hombres por la reacción de la población.

Yo tuve ocasión de vivir dentro de la Marina de los Estados Unidos, durante un año, después de la guerra de Vietnam, donde el país más poderoso fue derrotado.

La población en general los acogió como héroes y los militares se preocuparon fundamentalmente por recuperar en sus hombres las condiciones de valor, honor, lealtad al superior y amor a la patria que podría haber sido afectada por la derrota, pero por sobre todo trataban de inculcar la persistencia para el logro del objetivo en condiciones adversas, ello a pesar de representar una fuerza tan rica en medios.

Se puede intentar bucear en las profundidades de la historia, relacionar esos datos con la remanida “riqueza natural” que me consta nos rodea y fabricar un criollo, que sólo con su caballo, su apero y su poncho, nada más necesitaba para vagar por la pampa, disfrutando de la vida sin mayor esfuerzo.

También podríamos acusar al progreso de generarnos necesidades, que cada día nos obligan a trabajar más. La verdadera razón no es una, sino todas las que podamos imaginar.

Han desaparecido de nuestro territorio las naciones indígenas y con ellas su cultura primitiva, pero también su espíritu de lucha, su ferocidad, su amor a las pampas y, por qué no, su ingenuidad, su lealtad con sus pares y su orgullo como aborígenas.

Provenimos de ancestros nada lejanos, mayoritariamente europeos, quienes prefirieron la aventura y por consiguiente la lucha antes que una vida probablemente mediocre y sin horizonte en sus respectivas tierras natales. En líneas generales, podemos aseverar que no abandonaron Europa para venir a América los destacados aristócratas integrantes de la elite europea, sino hombres de trabajo, con ambiciones de mejor vida, dispuestos a luchar, sufrir y trabajar para ellos y sus descendientes.

Sin embargo, no se necesitaron muchas generaciones para que esas características fueran desapareciendo, transformándonos en un grupo no necesariamente homogéneo en sus orígenes, pero ahora, con factores distintivos comunes, nada envidiables.

Nos hemos aburguesado en el mal sentido de la palabra, preferimos la fantasía antes de aceptar reconocer la realidad y estamos convirtiendo toda nuestra vida en un nuevo Puerto Argentino.

Hemos optado por esperar los acontecimientos en lugar de producirlos. Estamos perdidos de antemano porque, sin interesarnos otros factores, decidimos perder la iniciativa dejando un vacío que inevitablemente alguien ocupará, porque para ello hace tiempo que espera tascando el freno. Nuestra voluntad de lucha parece quebrada.

Todo ello duerme en cuerpos intactos, con toda su energía almacenada, disponible y además hasta temible, porque los principios mencionados, que nos inculcaron en las escuelas de formación, viven latentes dentro de nuestras almas.

Éste es el momento para despertarlos.

El mal se observa por doquier, todos “esperamos” que otro u otros produzcan lo que necesitamos y también todos proyectamos nuestras debilidades a los demás.

Existen grupos de universitarios y técnicos pensando en conseguir un trabajo en otro país, donde nunca dejarán de ser extranjeros, pero no aúnan sus esfuerzos y su indiscutible masa intelectual para encontrar salidas en la Patria.

El propio personal militar se siente desarmado porque su equipamiento está lejos de ser el deseable, sin tomar nota que su mayor fuerza no está en el misil, sino en su estructura de lealtades y confianza en el superior. Algunos toman cuenta de ello y tratan de debilitar esta estructura de oro.

Existen maestros que olvidan una palabra básica para dedicarse a enseñar, cual es “vocación” y priorizan otras necesidades, que nadie discute, pero que no se corrigen dando mala imagen a los alumnos. Hay muchos ejemplos más.

Puerto Argentino sigue presente a pesar de haber transcurrido dos décadas.

El análisis de conciencia, tan caro en casi todas las religiones, se impone y para ello busco en el Martín Fierro la creatividad que a mí me falta para convencer sobre la necesidad de abandonar la fantasía y enfrentar la cruda realidad, que José Hernández plasmó con tanto arte. Eso sí, al releerlo debemos apelar a nuestra propia grandeza.

Bueno es recordar:

*“Venía la carne con cuero
la sabrosa carbonada
mazamorra bien pisada
los pasteles y el ‘güen’ vino....
pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.”*

*“No hay tiempo que no se acabe,
ni tiento que no se corte.”*

A lo largo de las páginas encontramos una explicación que nos cabe a todos:

*“Naidas puede imaginar
una miseria mayor;
su pobreza causa horror.
No sabe aquel indio bruto
que la tierra no da fruto
si no la riega el sudor.”*

Sin embargo adquiere más valor que nunca la estrofa quizá más conocida, precisamente por su importancia y por ser la “ley primera”.

*“Los hermanos sean unidos
porque ésa es la ley primera
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea
pues si entre ellos pelean
los devoran los de afuera.”*

So pena de abrumar al lector me permitiré usar tres estrofas más.

*“A naides tengás envidia
es muy triste el envidiar
cuando veas a otro ganar
a estorbarlo no te metas
cada lechón en su teta
es el modo de mamar.”*

La segunda pretende dar una orientación para encontrar la manera de superar el síndrome que nos afecta:

*“El indio es como tortuga
es duro para espichar
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoge
luego sus tripas recoge
y se agacha a disparar.”*

El colofón es mi disculpa por la soberbia de imaginar que sería capaz no sólo de encontrar un camino, sino también por creer que debía hacerlo conocer a los demás, haciendo uso de mi edad, que no necesariamente implica experiencia.

*“Mas naides se crea ofendido
pues a ninguno incomodo
y si canto de este modo
-por encontrarlo oportuno-
no es para mal de ninguno
sino para bien de todos.”*

Aquí se acaba don José Hernández.

En resumen, el síndrome de Puerto Argentino podría tener efectos colaterales beneficiosos, si los supiéramos asimilar.

Deberíamos:

- Despertar del letargo, saliendo de la fantasía.
- Comenzar todos, especialmente la juventud, a pensar, haciéndolo de consuno, coherentemente, libremente, basados en la realidad, sin recetas ya formuladas y perimidas, sino apelando y desarrollando la creatividad, sobre una base ética.
- Asumir la iniciativa y hacer cosas, sin esperar que otros las realicen.
- Convencernos de que no hay tiempo para mirar atrás, excepto en busca de experiencia.

Si lográramos lo anterior o al menos tomáramos conciencia de esa necesidad podríamos decir que Puerto Argentino valió la pena. **BCN**